



Recensión

Bioética: un nuevo paradigma. De ética aplicada a ética de la vida digna

Graciano González R. Arnaiz

Tecnos, Madrid 2016, 244 pp.

ISBN: 978-84-309-6903-6



Nos encontramos ante un buen libro. Las más de doscientas páginas no sólo invitan a pensar sino que lo hacen con una buena estructura, con temas desafiantes e introducciones en cada parte que hacen al lector no perderse en ningún momento de los once capítulos y cinco partes de que se compone este ensayo lleno de ricas ideas y reflexiones del catedrático de Ética de la facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid. El libro, por lo tanto, cuenta con una “buena arquitectura” y unas “buenas reflexiones”.

Graciano González presenta con lucidez una reflexión histórica de la disciplina sobre la tensión de lo deontológico y lo teleológico que ha dejado huellas en nuestros países iberoamericanos entre quienes entienden la bioética más como ética médica, como ética aplicada a la toma de decisiones en el marco hospitalario y aquellos que la entienden de modo más amplio como una ética general de la vida, como una ética sin apellidos. El autor aboga por una ética general de la vida digna en estas páginas como núcleo del nuevo paradigma que se está planteando.

El libro apunta la necesidad en la ética y en las éticas de una visión general (capítulo 8). Ya en la página 21 hace referencia al libro de Primo Levi *Si esto es un hombre* donde afirma que lo más duro del campo de concentración no fue tanto el frío, la vestimenta, ser un número, la amenaza constante de la muerte cuanto que “me dejaron sin una visión general”. Hoy nadie pretende sugerir una cosmovisión única, definitiva, final y, menos aún, en una época post-marxista, post-freudiana y post-cristiana como la que vivimos pero lo que todos necesitamos es “una cierta visión” de hacia dónde se orientan nuestras acciones e instituciones. Todos tenemos que “atrevernos a orientarnos”, “proyectarnos” hacia algún futuro u horizonte. Hace siglos la ligazón entre visión general y orientación era clave. Las humanidades eran ese depósito o referente de visiones a disposición de los actores. Hoy estamos faltos de visión general consolidada y de orientación pero sin la tensión por construirla y sostenerla no es posible ningún proyecto humano.

Graciano González defiende, en este cambio de paradigma, la primacía de la ética. La ética se construyó casi siempre para orientar nuestras acciones con una visión general de la mano de la metafísica lo que llevó a la ética siempre a ser considerada como un saber secundario y subalterno en la filosofía. Se presuponía que había que elaborar (primero) una visión general y una teoría para poder orientar la acción práctica. Pero el problema es que hoy no es posible una visión absoluta, definitiva, cerrada y previa. Hoy lo que ha cambiado es la relación entre teoría y práctica. Hoy vivimos en una crisis de la metafísica y somos conscientes que para elaborar una cierta visión general hay que contar con las nuevas tecnologías. Pero sobre todo lo que ha cambiado es la exigencia de verificación de toda visión general por parte de la ética. Existe una cierta prelación y primacía por su significado humanizante. Toda metafísica, ontología o visión general deben pasar por el filtro de la ética.



El libro defiende con coraje una ética como saber de fines, saber de finalidades. Privilegia sin disimulo una perspectiva teleológica a pesar de reconocer sin problema que vivimos en un mundo que nos desborda, en el que hemos naufragado. El profesor Graciano González propone un saber de fines no como un final de camino sino como la pregunta por el ineludible sentido y significado de las distintas actividades humanas, de las distintas prácticas, de las distintas finalidades de lo que hacemos los seres humanos. No es un fin que se tiene sino algo que se busca, se intenta, se propone, de lo que no se deja de hablar, de argumentar porque es un ámbito donde no rige lo necesario. Es un saber de fines sobre los que se delibera, unos fines que se reformulan, que implican a veces cambiar de rumbo, pero unos fines que nos orientan, que permiten proyectarnos en las instituciones.

El libro aboga por un humanismo tecnológico que ni es integración, ni complementación, ni sincretismo de ética y tecnología. Este humanismo tecnológico es comprendido más como cruce de la ética y la tecnología. Es un humanismo como referente de fines que expresan una visión general. Es un humanismo tecnológico en un contexto donde paradójicamente la filosofía habla del fin del humanismo y las instituciones punteras de tecnología demandan formación humanística. Este humanismo quiere hacer el mundo más habitable, más humano, más de futuro, más “preparar el futuro” (que programar el futuro) para las siguientes generaciones, más de proporcionar bienes que satisfagan las necesidades de los seres humanos. Un humanismo no esencialista que no es patrimonio de nadie ni reserva de esencias pasadas.

Este humanismo tecnológico es descrito por el profesor Graciano González con varios rasgos que me parece importante resaltar: es un humanismo del límite, de la frontera, de la responsabilidad, de la vulnerabilidad y de la sabiduría práctica. Es un humanismo del límite pues enseña la posibilidad de decir no. Es un humanismo que nos habla de la exigencia de no convertir al otro en víctima, que detecta y protesta ante las señales de inhumanidad, sufrimiento, intolerancia, violencia y reivindica una cultura de los derechos humanos y de la paz, como el autor ha realizado tan brillantemente en sus obras anteriores. Es un humanismo de la frontera pues defiende “el no dejarse pensar” (frente al ilustrado atrévete a pensar). Es, por ello, un humanismo que nos enseña a no ser disponibles, no ser manejados, a no dejarse vivir, a ser y vivir abiertos, a ser posibilidad de novedad, a vivir con una razón práctica que libere, iguale y fraternice. Es un humanismo que apuesta por una ética de la responsabilidad originaria, previa, estructural y por una ética de la vulnerabilidad como condición de todos nosotros, como expresión de un poder tecnológico que puede hacer de los individuos cualquier cosa, vulnerabilidad como apertura –herida abierta– a los otros, a lo otro, al cambio, la innovación. Es un humanismo de la sabiduría práctica ligada a un juicio moral “en” situación, a un saber cómo poner a trabajar determinado fin y determinada situación, como un saber de experiencia que integra *episteme*, *techné*, *phronesis* y *metis*. Desde aquí hace una preciosa apología de la recuperación de la *metis* griega (como pericia, maña, saber aprovechado) en nuestra situación actual como saber vigilante y opuesto a la fuerza.

El libro supone, en fin, una apuesta, un ensayo lúcido de la necesidad de pasar más allá de la fragmentación de las distintas versiones de las éticas aplicadas, más allá de un deductivismo de los principios como “paracaídas metodológico” a una ética que se ocupa de los fines (para qué) y de la oportunidad (cómo, pericia) dentro de nuestras vidas, de nuestras prácticas, nuestras instituciones y nuestras sociedades. Es una apuesta a una ética que, más allá de lo dilemático y estratégico, de modo deliberativo reconstruye sentidos, más allá del determinismo y del relativismo, en una apertura “responsable” en la que siempre hay que seguir dando razones más allá del poder y de las vísceras para seguir siendo humanos, verdaderamente humanos.

Luis González Morán